

## ***JUEGO DE CARTAS,* EL OTRO LABERINTO DE MAX AUB**

Juan Rodríguez  
(GEXEL-CEFID, Universitat Autònoma de Barcelona)

*Nos veíamos y no veíamos que nos veíamos al revés.  
No nos vemos como nos ven.  
La culpa de los espejos  
(Max Aub, El Correo de Euclides)*

*Juego de cartas* (1964) es una de las novelas más radicalmente innovadoras de Max Aub, y, sin embargo, es también una de las menos estudiadas por la crítica<sup>1</sup>. Las razones de ese aparente desinterés son, sin embargo, externas a la misma obra y responden probablemente a la escasa circulación que tuvo, sobre todo en España, la primera y única edición de este singular libro-objeto que realizó en México el editor Alejandro Finisterre.

Nos hallamos ante una novela epistolar que parte de la doble acepción del sustantivo "carta", pues cada una de las páginas de esta obra es, simultáneamente, naípe de una baraja dibujada por el apócrifo pintor Jusep Torres Campalans, y misiva que intercambian los personajes de la novela. Todas esas epístolas giran en torno a la figura de Maximo Ballesteros, quien acaba de fallecer por causas no demasiado claras, y expresan opiniones, generalmente contradictorias, acerca del mencionado personaje.

Quienes se han ocupado hasta el momento de *Juego de cartas* han incidido fundamentalmente en ese carácter lúdico y vanguardista que configura la razón de ser del texto y, quizás también, buena parte de su sentido último. Mi intención, sin

---

1. Existen, hasta el momento, dos únicos trabajos dedicados a esta obra, el de VALCÁRCEL, Carmen: «Los juegos y las cartas. Aspectos lúdicos en la composición e interpretación de *Juego de cartas* de Max Aub», en VILLANUEVA, D. y CABO ASEGUINOLAZA, F. (eds.), *Paisaje, juego y multilingüismo (X Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada)*, Vol. II, Universidad de Santiago de Compostela / Consorcio de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1996, pp.269-288; y el de SANTIÁÑEZ-TIÓ, Nil: «Max Aub, *homo ludens*», en AZNAR SOLER, M. (ed.), *El exilio literario español de 1939*, vol. II, GEXEL / Associació d'Idees, Sant Cugat de Vallés, 1998, pp.187-198; además de las páginas que le dedicó Ignacio Soldevila en su monografía dedicada a *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Gredos, Madrid, 1973, pp.157-159.

embargo, es mirar con una cierta distancia esa condición más llamativa de la obra para poder profundizar algo más en su sentido y configuración formal, sin olvidar la adscripción genérica y la tradición de la que parte.

En realidad, aun sin querer restarle importancia, el singular envoltorio con que Aub enmascaró su obra constituye, a mi juicio, una de esas bromas literarias a las que el autor era tan aficionado y tiene probablemente la finalidad de hacer la burla a determinada crítica literaria<sup>2</sup>, del mismo modo que la invención de *Jusep Torres Campalans* puso en un brete a más de un crítico de arte. De hecho, si entramos a analizar con detenimiento la propuesta lúdica que Max Aub nos hace en *Juego de cartas*, podremos constatar fácilmente que ésta no es tanto una finalidad en sí misma como un medio para alcanzar la plenitud de sentido.

En la caja que contiene los 106 naipes<sup>3</sup> que conforman el *Juego de cartas* se indican las «Reglas del juego» por la cuales debe guiarse el lector:

Se baraja, corta, reparte una carta a cada persona que toma parte en el juego. La primera, a la derecha del que dio, lee su texto, luego, el siguiente, hasta el último. Después, el primero saca una carta del monte formado por las que quedaron, la lee, y así los demás sucesivamente, hasta acabar con los naipes. Puede variarse el juego dando, desde el principio, dos o tres cartas, a gusto de los jugadores, con la seguridad de que el resultado será siempre diferente. Es juego de entretenimiento; las apuestas no son de rigor.

Permite, además, toda clase de solitarios.

Gana el que adivine quién fue Máximo Ballesteros.

Como puede observarse, el planteamiento del juego y la peculiar configuración del texto permiten que la lectura del mismo se realice a partir de un número muy elevado de variantes, o, mejor dicho, que haya un número casi infinito de modos de leer

---

2. Recojo la sugerencia de Rosa María Grillo, quien ha escrito al respecto: "Al di là dell'evidente e intrigante struttura ludica, anche in questo caso è possibile intravedere una fessura, un'intenzione 'seria': da una parte la critica alla letteratura e alla critica letteraria contemporanee (...) di eccessiva disarticolazione del testo e di arbitrarietà dell'interpretazione critica, dall'altra la riconferma 'filosofica' della relatività di ogni conoscenza e convinzione umana..." («Falso e dintorni», en GRILLO, Rosa María (ed.), *La poetica del falso: Max Aub tra gioco ed impegno*, Pubblicazioni dell'Università degli Studi di Salerno, Salerno, 1995, pp.13-31; la cita se halla en la página 30).

3. Respecto al número de naipes que contiene el *Juego* ha habido algún equívoco desde que Soldevila, pensando que, como es habitual, cada baraja llevaba dos comodines, apuntó la cifra de 108 naipes (*Op. Cit.*, p.157); sin embargo, en todos los ejemplares de los que he tenido referencia (los que respectivamente utilizaron Carmen Valcárcel y Nil Santiáñez, el que yo mismo he utilizado y el que se conserva en la Fundación Max Aub de Segorbe) el número de cartas era de 106. Y es que, efectivamente, las barajas llevan un solo comodín, aunque entre los dibujos originales que se conservan en la Fundación Max Aub hay otro comodín de forma muy similar a los que se incluyeron en la edición de Finisterre, y un garabato que representa una figura humana con la inscripción "joker" en lápiz al margen y una indicación de colores ("azul, rojo, amarillo, verde"), lo que sin duda debe de ser un esbozo previo a los anteriores (v. *Max Aub - Jusep Torres Campalans*, catálogo de la exposición celebrada en el Museo de Bellas Artes de Valencia entre el 18 de enero y el 21 de mayo de 2000, Generalitat Valenciana / Ministerio de Educación y Cultura, Valencia, 2000, pp.332-333).

(físicamente) el texto<sup>4</sup>. Pero ello no implica, en mi opinión, que, a partir de la intervención del azar, puedan realizarse el mismo número de lecturas. En realidad, por mucho que leamos las cartas en diferentes órdenes, no cambiará esencialmente el sentido de ese texto, puesto que aquéllas no configuran un argumento sometido a una ordenación lógico-causal ni temporal –ninguna de las cartas lleva fecha– y por lo tanto su *dispositio*, el lugar que ocupan en el conjunto del discurso, no resulta relevante. El único nexo de unión entre ellas es el tema de las mismas –cómo era Máximo Ballesteros<sup>5</sup>– y el sistema que rige la estructura de la novela es exclusivamente el de la yuxtaposición<sup>6</sup>. Lo único que cambiará al leer las cartas en cualquier orden distinto es el proceso de conocimiento que el lector tiene del texto, pero no el texto en sí mismo ni su sentido, que se completa una vez leída la última carta.

Pero si el orden en que son leídas las epístolas no resulta determinante, la mayor virtud que tiene la propuesta lúdica de Aub es proponer una lectura colectiva de la obra que incite a la discusión y al intercambio de opiniones, uno de los ejes centrales de toda la obra de Max Aub<sup>7</sup> y verdadero motor interno de *Juego de cartas*, como se verá más adelante.

Si analizamos con un poco de detenimiento la larga lista de los ciento ochenta y seis corresponsales que, como remitentes o destinatarios, conforman el elenco de personajes de esta novela, resulta significativo que, en general, sean escasos los nombres que se repiten. Ello quiere decir que no hay –con un par de excepciones– cruce de cartas, esto es, cartas que son respuesta a otras cartas, ni apenas personajes que escriban más de una carta<sup>8</sup>, condiciones fundamentales para la construcción de un

---

4. Nil Santiáñez, buen aficionado a la Matemática, ha calculado el número de probabilidades a partir de una fórmula que me resulta imposible reproducir (v. «Art. cit.», p.190).

5. Como ya advirtió Carmen Valcárcel, no existe en *Juego de cartas* "ninguna referencia cronoespacial" («Art. Cit.», p.278).

6. En realidad, es ésta una característica bastante común en cierta tradición del género. Pienso, por ejemplo, en las *Cartas marruecas* de Cadalso, donde la línea argumental –el viaje de Gazel por la Península Ibérica– es alterada sin miramientos cuando el autor reordena las cartas en aras de la amenidad o la distribución de los temas, aun a riesgo de que las diferentes etapas de dicho viaje resulten, en la ordenación definitiva, inverosímiles.

7. V. SOLDEVILA, *Op. cit.*, p.159. Como muy bien advierte Nil Santiáñez («Art. cit.», p.190), las reglas no especifican si la lectura de las cartas que corresponden a cada jugador debe realizarse en voz alta o debe de ser privada. En ambos casos, el desarrollo de la discusión variará, pues si la lectura no es compartida, dado el carácter contradictorio de las cartas es verosímil que algunos jugadores asuman lo que se dice en unas y otros todo lo contrario (aunque también es cierto que resulta muy poco probable que el azar destine a un jugador cartas que hablen únicamente en términos positivos o negativos); por el contrario, si la lectura es pública, todos los jugadores serán igualmente conscientes de las contradicciones que encierran las cartas.

8. Tan solo Carmen, la viuda de Máximo (Cuatro de corazones azul, Dos de diamantes azul y

argumento y para la definición de los personajes en una novela epistolar. En realidad, son escasos los momentos en que puede establecerse un nexo de unión entre varias cartas y tan solo pueden trazarse unas pocas líneas paralelas que conectan levemente algunas de ellas, nunca más de dos.

Ello incide en la débil trama argumental que estructura la obra: Máximo Ballesteros ha muerto y un grupo de personas que lo conocieron emiten su opinión acerca del difunto. Ni siquiera hay una motivación clara para ese juicio sumarísimo, pues la responsabilidad del mismo queda repartida entre un número indefinido de personajes<sup>9</sup>; en realidad, cada carta parece estar escrita *in media res*, es decir, como respondiendo a una demanda anterior del destinatario que no está reflejada en el texto<sup>10</sup>, como si, de repente, después de la muerte de Máximo se hubiese despertado entre sus conocidos una fiebre por saber algo más acerca de ese difunto al que varios coinciden en calificar de misterioso.

Por otra parte, resulta también significativo el hecho de que no exista una estricta y sostenida correspondencia entre el valor del naipes y el texto de la carta que contiene. Si los naipes que, en otros juegos, se consideran más valiosos –los ases, las figuras– contuvieran información más importante o más verídica acerca de Máximo

---

Ocho de corazones azul) y Emilio (Tres de corazones rojo y Cinco de diamantes azul) son autores de más de una epístola.

9. La crítica ha destacado a alguno de los que más llaman la atención, como Manuela –que, no en vano, es uno de los personajes recurrentes– a quien, según explica Cecilia a Pepita, le ha dado por “reunir testimonios acerca de Máximo” (Rey de picas azul), o la curiosidad que, como novelista, parece mover a Rafael: “¿Para qué te preocupas? ¿Como novelista? Si necesitas un personaje te contaré de mí hasta cansarte” (Cinco de picas azul; v. SANTIÁÑEZ, «Art. cit.», p.192). Sin embargo, ese interés puede hacerse extensivo también a un buen número de personajes que parecen haber escrito a los amigos y conocidos de Máximo interrogándoles acerca del personaje desaparecido; así, por ejemplo, Mauricio tiene que hacer una nota para el periódico y pregunta a Jorge acerca de la profesión de Máximo (Jota de tréboles azul); otros responden simplemente a la curiosidad de algún amigo: “¿Pero para qué quieres todos estos detalles?” (Alí a Salvador, Dos de corazones azul); Dantón Ribera empieza su carta con un significativo “Ya casi no me acuerdo, como es natural” (Jota de tréboles rojo); R. responde a Rufina: “Deja a Máximo en paz si no *il te hantera*. Dirás que vive uno de fantasmas. Es posible” (Ocho de picas azul); etc.

10. Aunque hay muchas cartas que aluden, como motivación, a una carta previa recibida del destinatario, ésta habitualmente no existe, por lo que, en general, no pueden establecerse referencias ni relaciones entre las cartas. Tan solo en cuatro ocasiones encontramos dos cartas relacionadas: la primera es la respuesta de Modesto Lorca (As de corazones rojo) a la carta que Alfredo Renovales le ha remitido (As de picas rojo) y donde se alude al rumor de que Carmen mató a Máximo; la segunda es la carta que Alicia envía a Diana (Jota de diamantes rojo), en la que alude a la que Yolanda le ha remitido a ella previamente (Seis de picas rojo); la tercera, la respuesta que el confesor de Carmen envía a ésta (Seis diamantes rojo; aunque la firma es ilegible, la identidad del remitente se deduce por el contexto) después de que la viuda se autoinculpase de las infidelidades de Máximo y decidiera romper con su guía espiritual (Ocho de corazones azul); por último, después de que Carmen comunique a Aurora la muerte de Máximo (Cuatro de corazones azul), ésta escribe a Nieves (Siete de corazones azul) comentándole la frialdad de la carta de Carmen. Estos cuatro son los únicos casos en los que dos cartas aparecen relacionadas y en los que se puede establecer la prelación temporal de las mismas.

Ballesteros; o si hubiese alguna relación temática entre los diferentes palos y el texto de las cartas –si las cartas de corazones hablaran de amores o las de diamantes de dinero, por poner un ejemplo banal– todavía tendríamos alguna posibilidad de jugar. Pero no sucede de esa manera y la relación que mantienen naipes y texto es, como corresponde a un juego de esta índole, puramente azarosa, con la única y significativa excepción de los comodines, que el autor aprovecha para incidir en la broma:

Querida Marcela:  
Fue por casualidad.  
*Jacinta* (Comodín azul)

Clo:  
Valía por todos.  
*Rita* (Comodín rojo)

Pero si el juego que propone el autor resulta engañoso, mucho más equívoco resulta todavía la finalidad del mismo: "Gana el que adivine quién fue Máximo Ballesteros". Y es que de la lectura de *Juego de cartas* se deduce exactamente lo contrario de lo que se propone en las «Reglas del juego», pues resulta, dada la avalancha de datos contradictorios, prácticamente imposible saber –siquiera adivinar– quién fue Máximo Ballesteros. Curioso juego éste que no permite a ninguno de los jugadores proclamarse ganador.

Creo que con el análisis precedente queda demostrado hasta qué punto el juego que propone Aub no pasa de ser una broma que en absoluto multiplica las posibilidades de lectura ni de interpretación del texto. No quiere ello decir, sin embargo, que la elección de un soporte semejante para la novela fuera meramente casual y arbitraria. En absoluto. Creo que Aub eligió los naipes de dos barajas francesas para escribir los textos de *Juego de cartas* por varios motivos. El primero y más evidente es el juego de palabras, la ambigüedad del término 'carta', que conduce automáticamente a esa asociación. En segundo lugar, la distribución física de una novela epistolar de esta índole en los naipes acentúa la autonomía de cada una de las cartas, la posibilidad de su lectura independiente y desordenada, lo cual si, como hemos visto, no influye decisivamente en el resultado de la lectura sí tiene que ver con el sentido del texto, pues los naipes se constituyen en metáfora de lo azaroso de las relaciones humanas, sobre todo del tipo de relaciones que evidencian los textos que componen la novela:

inestables, cambiantes, contradictorias, hipócritas, como lo puede ser cualquier figura de una baraja, cuyo valor depende siempre del juego al que se juegue y del contexto, esto es, de los naipes que la acompañen.

Pero dejemos por el momento el juego y centrémonos en las cartas. Aunque la obra se presenta claramente como una novela epistolar, rompe totalmente con las expectativas del género. En primer lugar, porque la multiplicación de los corresponsales –ciento ochenta y seis, como ya se ha dicho– hace prácticamente imposible la construcción, a partir de las cartas, de un argumento coherente. En ese sentido, *Juego de cartas* sintoniza con esa tendencia de la novelística de Aub hacia el protagonismo colectivo, como muy bien manifiestan las novelas de *El laberinto mágico* o *La calle de Valverde*. Aunque, por otra parte, el tema casi exclusivo de todas las epístolas eleva a Máximo Ballesteros a la categoría de protagonista ausente de la novela.

Pero, además, esa multiplicación hacia el infinito –en la práctica, se podrían añadir a la novela tantos corresponsales como se quisiera y la obra quedaría igualmente abierta– de los interlocutores incide en otro de los aspectos interesantes de cierta tradición del género epistolar. Como ya señaló Nil Santiáñez<sup>11</sup>, *Juego de cartas* guarda alguna relación con *La incógnita* (1889) de Galdós, no tanto por sus características formales, pues en la novela de Galdós el autor de las cartas es un único personaje, cuanto por una cierta semejanza en las intenciones, pues ambos autores se interrogan acerca de la dificultad de alcanzar un conocimiento verdadero de nuestros semejantes. Efectivamente, en las cartas que Manolo Infante remite a su paisano Equis X, aquél ofrece únicamente la perspectiva de un observador externo sobre la historia y las relaciones que mantienen el matrimonio Orozco y Federico Viera, perspectiva que es incapaz de penetrar en la verdad que desvela, a partir de la introspección, la segunda parte de la novela, *Realidad* (1890).

Casi un siglo después, Max Aub incide, en otra novela epistolar, en ese mismo problema, imposibilidad de conocer la verdad acerca de Máximo Ballesteros, sólo que ahora el autor no nos proporciona ninguna salida de ese laberinto. Y es que ese tema, el del conocimiento de la verdad, parece inherente a una determinada tradición genérica. Ya un siglo antes que Galdós, en los inicios de esa modernidad que en el novelista canario vivía una de sus primeras crisis y que agoniza ya en Max Aub, también Cadalso

---

11. V. SANTIÁÑEZ, «Art. cit.», p.193.

se había preocupado por él. En sus *Cartas marruecas*, el gaditano había roto con la tradición inmediata de la novela epistolar de viajes introduciendo, entre el viajero y su corresponsal, la figura del cristiano Nuño que acentuaba el dialogismo y la polifonía, alejando de ese modo la obra del ensayo y aproximándola a la novela. En el prólogo a ésta, Cadalso mostraba sin pudor sus dudas e inseguridades:

¿Cuál tiene razón? ¡No lo sé! No me atrevo a decirlo, ni creo que pueda hacerlo sino uno que ni sea africano ni europeo. La naturaleza es la única que pueda ser juez; pero su voz, ¿dónde suena? Tampoco lo sé. Es demasiada la confusión de otras voces para que se oiga la de la común madre en muchos asuntos de los que se presentan en el trato diario de los hombres.<sup>12</sup>

Max Aub, en definitiva, recogerá todas esas dudas y las acentuará mediante el mecanismo de multiplicar la polifonía de su novela hasta el infinito.

Otro de los aspectos en los que el autor del *Juego de cartas* se aleja de la tradición de la novela epistolar y que tiene una relación estrecha con el soporte en el que se incrusta la novela, es el de la longitud de las cartas, pues el texto de las mismas se halla constreñido en el escaso espacio del reverso de un naípe. Esa circunstancia obliga al autor a realizar un esfuerzo de síntesis que, si bien no desentona demasiado con su estilo habitual, sí que refuerza el carácter impresionista que ya de por sí tienen las epístolas<sup>13</sup>. Esa concisión emparenta el *Juego de cartas* –que, en rigor y por su extensión, apenas sobrepasa los límites de una novela corta–, más que con sus grandes obras, con otros textos aubianos que, como los *Crímenes ejemplares*, se construyen también de modo fragmentario a partir de la yuxtaposición de microrrelatos cuya extensión va desde una sola línea a varios párrafos.<sup>14</sup>

Todo ello tiene también mucho que ver con el juego que nos propone Max Aub, esto es, la reconstrucción de la identidad de Máximo Ballesteros a partir del testimonio de quienes le conocieron. No era ésta la primera vez que Aub configuraba la biografía de un personaje con los materiales proporcionados por los testigos directos de su vida.

---

12. CADALSO, «Introducción» a *Cartas marruecas*, ed. de E. Martínez Mata, Crítica, Barcelona, 2000, p.5.

13. Incluso alguna de ellas parece, en un juego de metaficción, ironizar acerca de esa limitación, como sucede en la que escribe Carlos a Daniel (Cinco de corazones azul), que concluye con la frase: "Perdóname que no sea más extenso pero me falta espacio".

14 A tal punto llega esa semejanza estilística con los *Crímenes ejemplares* que incluso en una de las cartas encontramos lo que parece ser un «crimen ejemplar»: "Entre los papeles de su despacho encontré esta nota: "La rapté, la maté. No podía hacer otra cosa. Se cerraba el círculo. Si no hubiese resistido, porfiada, nada hubiera pasado. Pero tal vez era necesario que sucediera lo que pasó para que yo me sucediera a mí mismo"" (Teodoro a Alonso, Ocho de tréboles rojo).

Lo había hecho ya, en cierta manera, en *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña* y, algún tiempo después, perfeccionaría el recurso al inventarse a *Jusep Torres Campalans*. En los últimos años de su vida volvería a intentarlo en ese ambicioso e inacabado proyecto de reinventar a su amigo Luis Buñuel; precisamente en el «Prólogo Personal» que concibió para lo que debía de ser su *Luis Buñuel: novela*, escribe unas líneas que bien pudieran aplicarse a la obra que nos ocupa:

No es posible retratar a nadie si no es desde el ángulo en que le pinta el que lo ve. (...) Porque si nadie sabe cómo es uno, menos los demás. Tal vez, sin embargo, confrontando testimonios de lo que creen los otros, podamos aproximarnos al «dibujo» de quien sea, como es de moda entre policías (...). No permanece uno como lo que es –como lo que fue–, sino como le ven –como le vieron– los demás. (...) Facetas. Harían falta diez o quince mil, como las de ciertos ojos de insectos, para dar una imagen aproximada (...). Enfrentando pareceres, tal vez quede –siempre borrosa– más clara su figura humana (...).<sup>15</sup>

La diferencia sustancial entre *Juego de cartas* y las obras antes mencionadas estriba, sin embargo, en el hecho de que Aub lleva el procedimiento hasta sus últimas consecuencias. He escrito más arriba que resulta imposible llegar a saber quién fue Máximo Ballesteros; debo matizar ahora que, en realidad, Máximo Ballesteros es la suma de todos los rasgos contradictorios que ponen al descubierto sus familiares, amigos, amantes y compañeros de trabajo, pues su identidad reside exclusivamente en la opinión que de él tenían cuantos le rodeaban y que hacen buena la idea de Berkeley de que "ser" es "ser visto". También Máximo Ballesteros fue como era visto por cuantos le conocieron, desde el momento en que Aub nos niega sistemáticamente la posibilidad de cualquier otro tipo de conocimiento del personaje. La verdad, como ya sabía Cadalso, reside en la suma de todas esas voces dispares que ofrecen el monstruoso «retrato robot» de Máximo Ballesteros<sup>16</sup>.

---

15. AUB, Max, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1984, p.16. En realidad, ese perspectivismo a ultranza está muy presente también en toda la obra anterior del escritor. En las famosas «Páginas azules» de *Campo de los almendros* ya escribía: "Para dar una idea de la realidad, el autor debiera abrir miles de cráneos, exponer miles de pensamientos enrevesados (...). El novelista tiene que escoger entre miles de personajes (...). Escoge y no escoge, se deja llevar por los que conoce y por otros que se le presentan inesperadamente. Quiso escribir una novela pura (...), quiso reducir su crónica y que fuera una novela verdadera, pero no pudo." (*Campo de los almendros*, Alfaguara, Madrid, 1981, pp.419 y 421).

16. Carmen Valcárcel («Art. cit.», pp.272-273) establece la relación de ese procedimiento aubiano con el cubismo y Nil Santiáñez cita unas palabras del «Cuaderno verde» de *Jusep Torres Campalans* que podrían aplicarse a *Juego de cartas*: "Un objeto quedará mejor si se le retrata simultáneamente desde varios ángulos; el ideal: que se viera desde todos: como Dios lo hizo" (SANTIÁÑEZ, Nil, «Art. cit.», p.194). Por otra parte, dicho procedimiento tiene la virtud de ofrecer, en lo que Carmen Valcárcel denomina «Pan-perspectivismo» (VALCÁRCEL, «Art. cit.», p.278), datos acerca de las personas que rodeaban a Ballesteros, de su forma de ser, de sus no siempre santas motivaciones para hablar del protagonista ("Seguro que estás pensando que escribo esto por despecho. No te lo niego ¡pero esto no tiene nada que ver con la verdad!", Ocho de diamantes rojo), de la mala relación,

Frente a esa curiosidad casi malsana que manifiestan los personajes de la novela, Aub nos va dejando algunas pistas acerca de la verdadera intención de la misma, pues nos encontramos con un buen número de cartas que hacen referencia a la dificultad, por no decir imposibilidad, de conocer completamente a Máximo o a cualquier otra persona, y de cómo la percepción de cuantos le conocieron no ofrece sino datos contradictorios.

Bastantes de ellas insisten en el carácter hermético o misterioso del personaje, lo que, inevitablemente, dificulta su conocimiento, incluso para quienes estuvieron muy próximos a Ballesteros. Así, por ejemplo, Alejo elogia su "natural sentido del deber", "capaz de cualquier barbaridad si creía estar en lo justo", para, finalmente, concluir: "Lo único que no te puedo decir, porque lo ignoro, es en qué creía Máximo." (Tres de diamantes rojo). También Olga, que fue durante años una de sus amantes, reconoce al final de su carta que jamás supo cómo era (Tres de picas rojo), y particularmente interesante resulta al respecto la reflexión de Miguel:

Jamás reveló los secretos de su pecho, menos los del alma, si la tenía. Nunca declaró sus pensamientos. ¿O a ti, sí? Me extrañaría. Hablando tanto era un ser secreto. ¿Quién supo cómo fue? Tu misma pregunta es respuesta. (As de diamantes rojo)<sup>17</sup>.

Otros proporcionan una imagen ambivalente del personaje:

Máximo no era hombre fácil de descifrar. (...) Era una mezcla de león, liebre y raposa; valiente, cobarde y desconfiado. Mezcla no tan inesperada como se puede suponer. Dominar era una necesidad de su amor propio y el ser dominado una necesidad de su naturaleza. (Luis a Enrique, As de diamantes azul).

Máximo fue inteligente y tonto, sensible e insensible, agradable y desagradable, silencioso y parlanchín, dulce y agrio, tibio y duro, tranquilo y desasosegado, apacible, alegre y de mala luna, divertido y fastidioso, confiado y desconfiado, ardiente e indiferente, humilde y orgulloso, compasivo y cruel, respetuoso y despreciativo, elegante y ridículo según las horas, los minutos o los segundos y el humor con que se soporta a los demás. (Felisa a Manuela, As de tréboles rojo)<sup>18</sup>.

---

cuando no el odio más o menos soterrado, que existe entre algunos de los corresponsales (v. Cuatro de diamantes azul, Nueve de diamantes azul, Nueve tréboles azul, As de corazones rojo, Dama de corazones azul), y, en alguna ocasión, los corresponsales parecen estar hablando más bien de ellos mismos que de Máximo (v. Nueve de diamantes rojo).

17 Los ejemplos podrían multiplicarse hasta la saciedad: "A nadie habló nunca de sus problemas íntimos. Y debía tenerlos como cada quien" (Cinco de picas azul); también Lidia insiste en "su carácter reconcentrado, incapaz de franquearse con nadie" y añade: "Creo que jamás dijo lo que pensaba, tal vez porque no podía o porque no sabía exactamente a qué atenerse. Se refugiaba en su inseguridad." (Dama de picas azul); no deja de ser curioso que, como explica José Rafael T, "muchos de sus amigos ignoraron siempre dónde y en qué trabajaba" (Dos de picas azul), dato que corrobora Mauricio: "Lo curioso es que, cuando nos hemos puesto a hablar de él, ninguno supo decirme a qué se dedicaba. ¿Te enteraste alguna vez en qué trabajó? Yo no. Ni Roberto ni Juan ni Martín han sabido decírmelo (...)." (Jota de tréboles azul).

18. Véase también al respecto: "Era lúcido y, si quieres, elegante. Ahora bien, no hay ley que me

Finalmente, los más lúcidos rechazan frontalmente la posibilidad de participar en el juego:

¿Quién eres tú para juzgar? Dictaminas: éste es un hombre de veras; ésta es una mujer; aquél, maricón. ¿Quién te otorgó ese derecho? ¿Tienes colgado tu título debajo de alguna tetilla? ¿Quién te autoriza decir Máximo era así o así? Das asco con tu manera de catalogar. (...) Mírate a espejo, cabrón, y dime quién eres. (Emmanuel a Doroteo, Seis de tréboles rojo)

Al fin y al cabo, como afirma Francisco, "uno es como es y nadie sabe cómo". Incluso el propio Máximo parece regresar desde más allá de la muerte para advertirnos de la trampa que encierra la tarea que nos ha impuesto su creador:

Tras una noche de mucho beber me dijo, más o menos: «No es verdad que sepamos que no sabemos, tal vez es lo único que ignoramos. Sólo el que ignora es feliz, solo. Del infeliz dicen: es como lo hizo Dios. ¿Cómo te hizo, cómo me hizo? Siempre se es ajeno. ¿Quién ve los adentros? Siempre se interpreta basándose en la ignorancia. ¿Quién no es corto de vista? ¿Quién cala? Penetramos las mujeres para ver si aprendemos, fabricamos así otros hombres para ver si se enteran o nos enteramos de algo. Y nos borran del mapa.» (Emilio a Salvador, Cinco de diamantes azul).

Resulta significativo, sin embargo, que sean varias las cartas que subrayan lo que, como ya he comentado, es la clave de dicho juego, esto es, que el misterio de nuestra identidad reside muchas veces en la percepción que los demás tienen de nosotros:

Mira, hija, uno es como es para sí, no como parece a los demás. Tú no puedes *ser* para otro, eres lo que se figuran que eres, con mayor o menor conocimiento de causa. Desde el primer día te retratan y a unos apareces según Memling o Durero, a otros según Velázquez o Rubens, a alguno le aparecerás como retratada por Cezanne o Picasso. Ninguno eres tú. A lo sumo dirán: ¡qué parecido! (R. A Rufina, Ocho de picas azul).

¿Por qué te empeñas en saber cómo son –o eran– los demás? ¿Qué te importa? Sin contar lo imposible. Puedes figurártelo, pero siempre entrará en la apreciación tanto de ti como de los otros. En estos menesteres se equivoca uno constantemente. Por eso gustan las novelas: nos dan héroes de papel, hechos de una vez, en los que se toma parte de verdad. Igual sucede en el teatro: se guardan las distancias. Nadie sabe cómo es conocido, si me permites el juego de palabras. Máximo Ballesteros no fue excepción, nadie lo es. (José a Arturo, 10 corazones rojo).<sup>19</sup>

---

pidan que la lucidez se entremezcle con la imbecilidad; al contrario, y la elegancia con la vulgaridad, y el amor –el odio no es su contrario– con el desprecio. Máximo no sólo no fue excepción, sino ejemplo. Con todos sus éxitos su vida fue un fracaso." (José Carlos a Maximiliano, Diez de corazones azul).

19. Otras cartas inciden también en el tema: "¿No te has fijado que se es de una manera distinta según quién tienes delante? No me porto igual con mi suegra que con mi cuñado, con Alberto que con Enrique, con Martínez, el millonario, que con Martínez, el portero. Supongo que le sucede igual al más

Habida cuenta de lo cual y cargada de razón, concluirá Gerarda:

“No sé quien se inventó que los hombres son de una pieza. Los hombres son un *puzzle*, un juego difícil de componer –y más de recomponer–, porque siempre nos los entregan hechos polvo –para los ídem– (...)” (Cuatro de diamantes azul).

A pesar de esto, un buen número de corresponsales se apresura a responder a la demanda que se les ha hecho y proporcionan las piezas de ese retrato imposible de Máximo Ballesteros; van desgranando a lo largo de la obra su percepción acerca del desaparecido, sus virtudes y sus vicios, el tipo de relación que mantuvo con ellos, al tiempo que nutren el bulo y el rumor relativos a las causas de su muerte y a su matrimonio con Carmen.

A este respecto, lo primero que llama la atención es que el número de cartas que ofrecen una visión negativa del protagonista triplica prácticamente el de las que nos lo presentan benévola. No hay que desdeñar la posibilidad de que, en algunas ocasiones, ello sea debido a distorsiones de esa percepción provocadas por la envidia o la maledicencia, aunque, probablemente el motivo sea mucho más sencillo y acorde con el sentido último de la novela: existen tantos Máximos como personas le conocieron y cada uno de ellos –tal como afirma un viejo refrán castellano– juzga la feria según le ha ido en ella<sup>20</sup>.

De este laberinto de voces dispersas podemos entresacar algunos datos concretos

---

pintado. Cada interlocutor te hace seguir un camino distinto. A unos siempre les dices: —¡Hola! A otros: —¡Salute!—” (Ludwig a Ladis, Dama de tréboles azul); “Te has echado encima una tarea imposible. ¿Cómo era Máximo? De una sola manera: como creías que era. ¿Que los lunes lo veías azul, y verde los martes? Confórmate, por mucho que te digan los demás, por mucho que añadas y amontones, por mil dudas que hagan surgir para ti: era azul los lunes y verde los martes.” ([ilegible] a Tita, Siete de picas azul).

20. De entre los rasgos positivos del personaje destacan los siguientes: hombre prudente y con tacto (As de diamantes azul); de confianza (Cinco de corazones azul) y buen criterio (Jota de diamantes azul); encantador y exquisito (Cinco de corazones rojo); honrado y con un “natural sentido del deber” (Tres de diamantes rojo; Tres de tréboles rojo). Los negativos, como ya he dicho, son bastante más numerosos: Traidor (Siete de diamantes azul); presuntuoso y antipático (Cuatro de tréboles azul; Siete de tréboles rojo); mentiroso (Seis de tréboles azul); egoísta, orgulloso y desaprensivo (Nueve de tréboles azul; Diez de tréboles azul); desconfiado e hipócrita (Tres de picas azul); delator (As de diamantes rojo); vanidoso (Diez de diamantes rojo); vulgar (Dos de picas rojo); cobarde (Cuatro de picas rojo); en definitiva, “un ángel de maldad”, como escribe a Carmen, su viuda, una anónima amiga (Rey de corazones rojo). Alguno de esos juicios resulta particularmente duro: “Reventó el bueno de Máximo, que Dios lo tenga en su santa gloria, porque a desaprensivo, falto de consideración, sin importarle jamás un pepino los demás, nadie le ganó. (...) No llegaba a ser lo que corrientemente se llama un hijo de puta, pero se le aproximó bastante.” (Marcelo a Joaquín, Seis de corazones rojo); “¿Por qué me hablas de ese ser imposible, reconcentrado, vanidoso, para quien todos los demás éramos inferiores? Sólo lo que él hacía estaba bien, digo bien faltando a la verdad: era lo único y de la única manera que se podía llevar a cabo. (...) Los demás le tenían sin cuidado; miento otra vez: nos despreciaba.” (Baldomero a Abel, Jota de corazones rojo); “No le busques más. Fue un hijo de la tal por cual. Que a su madre le haya parecido un ángel, como comprenderás, no cambia las cosas (...)” (Adolfo a Américo, Rey de diamantes rojo).

–por no decir reales– acerca de Máximo. Tanto los admiradores como los detractores parecen coincidir en señalar su carácter inseguro y escasamente brillante. De “espíritu vacilante, indeciso” lo califica Daniel (Cinco de corazones azul), y Francisco señala:

No era ningún talento sino un hombre de buen criterio oscurecido por una gran debilidad de carácter. Mediano en todo, hasta de estatura. (Jota de diamantes azul).

Esa mediocridad, la imagen de hombre corriente que obtenemos de este *puzzle* es precisamente la que, a mi juicio y en el de alguno de los corresponsales, lo convierte en una suerte de símbolo del género humano:

No se diferenciaba de los demás porque no podía. Ni él ni nadie. Le gustaban algunas cosas porque a ninguno nos gustan todas. Tenemos el criterio estrecho por la sencilla razón de que la inteligencia humana no da para más. No pudo tener religión, por vulgar (él); creyó en lo que veía, como tú. No hizo nada que valiera la pena. No lo lamentes ni te lamentes: ¿a quién no le pasa lo mismo? ¡Claro que hubiera querido otra cosa! Pero no pudo (no poder es no saber). ¿Tuvo la culpa? No dudes que a estas horas lo sabe. (...) (José Miguel a Mario, Rey de tréboles rojo)<sup>21</sup>.

Quizás el rasgo más llamativo y en el que casi todos coinciden es en el talante mujeriego del difunto. Lo primero que llama la atención al respecto es la generalizada separación de sexos que encontramos en *Juego de cartas*, de forma que la mayor parte de las misivas escritas por mujeres están también dirigidas a mujeres, y las escritas por hombres tienen mayoritariamente un destinatario masculino. Esta circunstancia provoca, inevitablemente, una clara distinción temática, pues aunque la condición de mujeriego es unánimemente reconocida por casi todos los corresponsales, es precisamente en las cartas femeninas donde hallamos la confirmación de ese dato.

A este respecto –la irresistible atracción que, al parecer, Máximo Ballesteros sentía hacia las mujeres– merece la pena citar algunos testimonios. Lucía, por ejemplo, afirma que "Se encontraba más a gusto con las mujeres que con los hombres" (Tres de tréboles azul), mientras Eva, que se sentía acosada por el protagonista, lo retrata como "un hombre abierto en busca de todas las aberturas", y añade: "Algunas tuvo" (As de tréboles azul); Samuel comenta "su afán nunca desmentido por las mujeres" (Nueve de tréboles rojo), y Rosa añade: "Iba a lo suyo, que eran las demás. Cuantas más, mejor, sin

---

21. También apunta en la misma dirección César cuando afirma en su carta: "Si te digo la verdad –¿y por qué no decírtela?– estoy seguro de que M.B. quiso hacer algo que nunca logró. Dirás que es una definición del hombre. No te digo que no. (...) Quería ser algo, alguien. ¿Cómo? tal vez no acabó jamás de saberlo. Siempre le importaron más los medios que el fin. Sonreirás pensando que, por el mismo precio, me estoy retratando. Te equivocas: no lo haría contigo por todo el oro del mundo (...)." (Nueve de diamantes azul).

importarle los medios. Fue en lo único que nos entendimos." (Cinco de tréboles rojo).

Pero más interesante me parece el diagnóstico de Mariana:

Amontonó mujeres. Está bien dicho «amontonó», tiradas, esparrancadas, a granel. ¿Qué buscaba? ¿El puro gusto? Es posible. Pero creo que era algo más. Tal vez me haga ilusiones, pero lo cierto es que de don Juan no tenía ni un pelo. O si don Juan fue así, no merecía el infierno. No que Máximo padeciera aquí sino que lo único que buscaba –creo– era el gozo de las demás, para hacerlo suyo. Yo era ya vieja cuando él era joven. Lo sentí. (Mariana a Diana, Seis de picas azul)<sup>22</sup>.

Aunque –como no podía ser de otra manera en una obra de esta índole– no falta quien, como Marcelino, sugiere que los gustos sexuales de Máximo eran más variados de lo que esa fama de mujeriego dejaba entrever:

No me sorprendió su fallecimiento –trance normal– sino lo que me dice Gustavo de su gusto muy multiplicado por las féminas. Cuando dormíamos juntos parecía ir por muy distinto camino. Está visto que jamás puede uno fiarse de nadie. Donde menos se piensa salta el jabato. (Dama de diamantes rojo)

Si nos ceñimos únicamente a las mujeres que admiten en sus cartas haber tenido una relación con Máximo en diferentes momentos de su vida, el número asciende a la nada desdeñable cifra de veintitrés; a ellas habría que añadir una decena larga que si bien no lo admiten explícitamente, sí lo dejan entrever en sus cartas<sup>23</sup>. Como es comprensible, los testimonios de las amantes de Máximo manifiestan la misma diversidad de opiniones que en otros ámbitos. Así, mientras Fernanda, desesperada, llora su ausencia ("con sólo decirme: te quiero, me enseñó más que la vida", Cinco de picas rojo) y Carlota dice haber hecho el esfuerzo de olvidarle:

Me hizo terriblemente desgraciada. Un día me dijo: hemos terminado. Vine a morir aquí intentando olvidarle. Como todo lo que una se propone de verdad, lo conseguí. Se quedó detrás de las pesadas cortinas del cansancio y del sueño. (Nueve

---

22. En un sentido análogo, Gaspar recuerda la única vez que salió Máximo de su país para pasar un par de semanas en Francia: "Lo curioso es que tampoco le gustaron las francesas: las halló demasiado interesadas. Tuvo muchas mujeres pero jamás se [le] ocurrió que le podían costar dinero. Le molestó; creo que ésta fue la razón principal de su desencanto" (Cinco diamantes rojo); y Lucienne se burla del interés que ponía el personaje en sus conquistas: "Para él, el hecho de acostarse con una mujer era importante. En nuestro tiempo da risa" (Dos de picas rojo).

23. Independientemente de las corresponsales que afirman no haber tenido ningún lío con Máximo, encontramos un buen número de cartas donde sí se sugiere tal relación. Así, por ejemplo, Lidia habla de sus citas con Ballesteros, aunque no aclara de qué tipo de citas se trataba (Dama de picas azul); Francisca expresa su amor hacia el protagonista, si bien sugiere que su relación se limitaba a oírle tocar el piano (Cinco de corazones rojo); y no faltan discrepancias y desmentidos: aunque Alicia da por ciertas las "relaciones nada santas" entre Yolanda y Máximo (Jota de diamantes rojo), ésta lo desmiente: "Traté poco a Máximo si bien no faltaron buenas lenguas que aseguraron lo contrario. Me molestaba su suficiencia y, al mismo tiempo, sus melindres. Le sobraba experiencia y experiencias para que yo entrara a ser una más. Me conoces: o todo o nada." (Seis de picas rojo). Como sucede en otros ámbitos de la obra, también en este caso resulta difícil conocer quién dice la verdad.

de tréboles azul)<sup>24</sup>.

Otras cartas, sin embargo, rebajan bastante la talla de Ballesteros como amante. Sirva de ejemplo la de Artemisa, que incide, además, en el egocentrismo del personaje:

"Nuestra relación fue una constante lucha –hace veinte años–, luego hubo un larguísimo paréntesis. Nos volvimos a ver con gusto aunque tenga para mí que lo que le importaba era que le hablase de como era. Me tuvo siempre a la fuerza, defendiéndome y no era esa "su manera". Sólo me entregaba cuando no podía más. Conmigo falló siempre; durante años me odió como a un achaque, una enfermedad crónica. No le busques tres pies al gato: no me gustaba físicamente." (Diez de diamantes rojo)<sup>25</sup>

A pesar de ese talante de “hombre abierto”, también encontramos, en claro contraste, algunos testimonios que nos lo presentan como un hombre conservador, cuando no “un tanto reaccionario” (Cuatro de tréboles rojo):

¿Política? ¿Política, Máximo? No, hombre. Nunca le interesó ni se interesó por ella. Es decir que fue conservador: de la religión de sus padres (pero conservador puro; decidido a no añadir nada), del estado de las cosas tal como estaban. Su interés no radicaba en los demás ni en la justicia. Aceptó el mundo tal como lo conoció y supuso que cualquier esfuerzo para cambiarlo era inútil.

A lo sumo, mejorar la burocracia... (Emilio a Joven ciudadano, Tres de corazones rojo)<sup>26</sup>.

Esa sumisión un tanto hipócrita a los valores burgueses –no en vano Alfredo

---

24. Otras opiniones favorables al protagonista: "Era yo muy joven. Aquello duró poco porque se tuvo que marchar. Amigo de casa, mi padre se dio cuenta y no me dijo nada. Lo reprobó pero como tenía en mucho a Máximo, que ya estaba casado, no abrió la boca. (...) Lo volví a encontrar, por casualidad, en un café, el día en que yo cumplía cuarenta años. Me lo llevé a casa; volvió un par de veces. Luego nada. Me dejó hecha polvo y, no te creas, sigo de bastante buen ver. Cuando me acuerdo me duele como una quemadura. Le quise de verdad." (Paula a Dolores, Diez de picas azul); "No se lo diré ni a ti ni a nadie: le admiraba. Me entregué a él como a ninguno. Pero ¿quererle? Perdóname que me lo calle. Bastante mal le supo no saberlo en vida para que salga ahora, que está descansando muerto, contándolo, aunque sea a ti.

Se ha quedado vivo, como lo conocí, cuando nos conocimos. Es posible que hubiera podido hacerle feliz. Supo lo que perdió. Él tuvo la culpa: no se atrevió o no me atreví, que vino a ser lo mismo." (Julia a Ricardo, Dos de corazones rojo).

25. Otras cartas coinciden en esa negativa valoración de Máximo: "Desde luego, es el único hombre que, al segundo día de intimidad, se atrevió a decirme: —Te huele el aliento. Se lo agradecí y no se lo perdoné nunca." (Magda a Carla, Ocho de tréboles azul); "Anduvo tras mi años, no de una manera seguida como puedes suponer. Al azar de nuestros encuentros hacíamos una cita para uno o dos días después, nos veíamos, me “hacía la corte” (...). Una tarde en que yo estaba de humor le dije: —Bueno: me acuesto contigo ahora, pero punto y ya. No me vuelvas a dar la lata. Dijo que sí, quedó bastante mal y yo sorprendida. A mis años, que son los tuyos, el truco de la emoción... ¿Se tenía en tanto que sólo le importaba decirse: ésta también?" (Linda a Graciela, Jota de picas azul). Además, Luisa se queja de que la dejara “tirada una buena mañana” (Diez de tréboles azul), y Lucienne no oculta su desprecio: “Lo dejé ir a lo suyo, hecha una tabla. Resintió el insulto. Aun me estoy riendo de su desengaño, de su furia, a la que no hallaba modo de dar forma.” (Dos de picas rojo).

26. También Lucienne insiste en ello: “Era de otra época, educado en convenciones que han pasado a la historia. Aunque no lo creyera: católico hasta las cachas. Seguro de la existencia del pecado original, de que todavía pagamos el de nuestros padres. Déjalo que se pudra y se desengañe de una vez” (Dos de picas rojo).

Renovales, hermano de Carmen, comenta que Máximo, “si es que la engañaba (...) guardó siempre las apariencias” (As de picas rojo)– parece haber presidido la relación con su esposa. Por supuesto, no hay acuerdo entre los diferentes corresponsales a la hora de establecer la culpabilidad del mal funcionamiento de esa relación. Para algunos, el talante mujeriego del protagonista convirtió la vida de Carmen en un infierno<sup>27</sup>; para otros, fue el carácter de ésta lo que arrojó a Máximo en brazos de sus amantes, e incluso la responsabilizan de su muerte. Pero, por una vez –y debido a que contamos con el testimonio directo de la afectada–, quizás la carta que ofrece una perspectiva más veraz sea la de la propia Carmen:

Padre:

Usted me conoce como nadie. Pero ahora que mi esposo ha fallecido creo que tengo la obligación de decirle que, en parte, usted fue responsable del malentendido que arruinó mi vida. Usted me obligó –con las mejores intenciones– a un recato que quizá llevó a buscar en otras lo que no le concedía. Y se lo digo por si le puede servir para otras de sus hijas espirituales. Y perdone de que, de aquí en adelante, cambie de confesor. (Ocho de corazones azul)<sup>28</sup>

Y aunque el médico de la familia parece haber certificado la muerte de Máximo como un infarto<sup>29</sup>, los rumores al respecto se multiplican entre los corresponsales. Unos acusan directamente a Carmen<sup>30</sup> y otros hablan de un posible suicidio cuyas variadas

27. "No te preocupes. Dios abatió a Satanás y sus legiones hacia el Infierno (que, por lo leído, ya existía antes). Pero en ninguna parte de la Biblia se dice que llegó hasta allí. “El Infierno –dice Isaías (14;9,1)– se conmueve para recibirte” (así, en futuro). Es decir que no pasó de la superficie de la tierra. Ahora lo arrojas tú al profundo, e hiciste bien. Porque tu querido Máximo era un ángel de maldad y debieran condecorarte por haber acabado con él. Ganaste el cielo." (Una amiga a Carmen, Rey de corazones rojo); "Carmen es una mártir, pero por gusto. Le gusta hacerse la triste, la abandonada sin más razón que haber pasado por el juzgado y el altar. ¿Quién le mandaba aguantarse más que por el placer de saberse desgraciada? Si no podía aguantar a Máximo ¿por qué no lo mandó a paseo o le plantó unos cuernos del mismo tamaño de los que él le ponía? Era de la pasta de nuestras abuelas y no lo digo por la mía que fue de las de aúpa. Claro que era madrileña." (Reyna a Mónica, Rey de tréboles azul).

28. Por supuesto, la respuesta del sacerdote se mantiene en la más estricta ortodoxia católica: "No creo, hija mía, que tengas razón al suponer que el desvío y los descarríos de tu esposo (q.e.p.d.) se deban al recato que toda buena cristiana está obligada a mantener en el matrimonio. Los designios del Señor son inescrutables. Si tu marido faltó a sus más sagrados deberes no fue por tu culpa –de eso puedes estar tranquila– sino porque el maligno le habitaba. Llevaste tu cruz con resignación, ten por seguro que tendrás, en su día, tu recompensa." (Seis de diamantes rojo).

29. "Firmé el acta de defunción y puedo asegurarle que Máximo Ballesteros falleció de muerte natural. Fue una trombosis coronaria contra la que fue inútil luchar. Carmen me llamó cuando su esposo empezó a sentirse mal y, a llegar, media hora más tarde, a su casa, ya no había nada que hacer. A pesar de ello hice cuanto pude, por si acaso, desgraciadamente, sin resultado." (Gregorio Roca a Ambrosio Mundet, Ocho de corazones rojo).

30. "¿Que yo propalé que Carmen mató a Máximo? ¡Claro que sí! Y lo puedo demostrar. Desde luego no usó el cianuro. Le bastó la mala leche, el infundio diario, la suspicción, los “ya, ya...” rebozados en bilis; si Máximo le explicaba algo, la incredulidad acerca de lo más obvio; el acusar constante, las malas intenciones –porque nunca tuvo la menor idea de quienes fueron las queridas de su marido–, el rehuirle. Sin contar que la indina no le dio hijos. ¿No sería justo que un amigo tan amigo como lo fuiste del difunto restablezca en parte la verdad? Porque Máximo estaba enamorado de Carmen." (Modesto a Alfredo, As de corazones rojo); "Me tiene sin cuidado la muerte de Máximo. Ahora se dará cuenta Carmen de lo que ha perdido, de cómo echó a perder dos vidas. No por nada, linda, sino por tonta. Claro

causas parecen en ocasiones un tanto peregrinas:

Máximo se suicidó porque no pudo resistir esa distancia que crece cada día entre el trabajo y el hombre. Los entendidos hablan de alienación, de enajenación. ¡Qué pobre es el idioma!, aunque referido a nuestro amigo no está mal decir que murió alienado o enajenado. Ahora bien, yo diría: esclavizado, como un buen día amaneceremos todos suicidados por no poder resistir esa nueva burocracia, tanto trabajo imbécil bajo el que el saber humano –la técnica– nos entierra. (Miguel Ángel a Augusto, Nueve de diamantes rojo)<sup>31</sup>

Se suicidó porque le tocó la lotería. No lo creerás, allá tú. Había jurado y perjurado que no cambiaría nunca, que siempre sería el mismo. “Sólo los que se hacen ricos varían de ideas. No llegaré a viejo porque, en general, con la edad la gente junta su dinero. Quiero ser el que siempre fui y huir de las complicaciones del capital”. Me lo dijo no sé cuántas veces.

Era broma, pero tal vez no tanto. La insatisfacción era la raíz misma de su ser. (Carlos a Nicolás, 7 corazones rojo)

En cualquier caso, conviene insistir en esa imagen de un Máximo insatisfecho, que recogen un buen número de cartas: desesperanza y desengaño (Cinco de tréboles azul; Dama de tréboles rojo), cansancio o curiosidad (Seis de tréboles azul) y una vida amargada por su relación matrimonial y por la existencia de una hija ilegítima con un problema de retraso mental<sup>32</sup>, aparecen como las causas de ese presunto suicidio, y

---

que no tiene la culpa; nació así." (María José a Jacinta, Ocho de diamantes rojo). Además, otras cartas se hacen eco de los rumores que acusan a Carmen: "No soy delatora ni lo seré nunca. Pero por lo que oí en el velorio y en los rosarios, y por lo que me sospechaba desde el primer momento, ha ido creciendo en mí la seguridad de que Carmen mató a Máximo. ¿Cómo? No tengo la menor idea. En cuanto al por qué es otra historia. Lo sabes tan bien como yo. ¿Cómo llegué a oídos de Carmen lo que tú y yo estábamos seguras de ser las únicas en saber? Lo ignoro, como todo, menos mi inmensa pena." (Ana a Asunción, 8 picas rojo).

31. Hay otra carta que insiste en esa misma alienación: "Había llegado a un estado en que todo le era igual menos el buen funcionamiento de su oficina. Parece mentira, pero era así. La rutina, la burocracia, se le fueron imponiendo poco a poco *a medida que se le hacía más fácil*. Cada vez le importaba más lo nimio, los detalles insignificantes. Tal vez se dio cuenta una mañana: la que se pegó el tiro. Si fue tiro." (Lucas a Felipe, Rey de diamantes azul).

32. Según Baltasar, Máximo tuvo una sola hija y no con Carmen, "una retrasada mental sin posible recuperación". "Tal como supones, sin exceso de imaginación, este hecho debió amargarle la vida. De eso, como de todo, hablaba poco o nada." (Dos de tréboles rojo). Edgar es un poco más preciso en ese asunto: "Me anuncian la desaparición repentina de Ballesteros. Como comprenderás a mí, personalmente, me tiene sin cuidado. No así a mi hermana Ofelia. Sabes cuál fue su desgracia. El fallecido le pasaba una pensión modesta pero indispensable para el mantenimiento de Eugenia, que sigue mal. Según los médicos necesitará asistencia toda su vida. Ignoro los trámites legales necesarios para conseguir que la viuda o quien sea la mantenga." (Jota de picas rojo). Lo más curioso –y ello es síntoma de la falta de construcción argumental, aunque también puede ser indicativo de la doblez y el cinismo de algunos correspondientes– es que en la carta que escribe Olga a Ofelia (Tres de picas rojo), aquella no sólo no hace referencia a la relación de ésta con Máximo ni a la existencia de Eugenia, sino que le habla sin tapujos de su lío con el protagonista. Contiene, eso sí, un rasgo de caracterización de Ofelia, pues Olga la trata de beata (como Carmen, curiosamente). Pero hay otra carta que apunta a la posible existencia de otro hijo natural, éste con Juliana: "Luisillo anda preguntando todo el día por su *tío* Máximo, el que le compraba todo lo que quería. Se adoraban: no lo digo en broma. (...) Me destroza porque yo también espero, a cada momento, que abra la puerta. Si el niño le quería por algo sería..." (Juliana a Cristina, Rey de picas rojo).

refuerzan la caracterización del personaje como un ser vitalista y entregado a los diversos placeres de la vida, aunque, por ello mismo, proclive a la insatisfacción, como muestran las palabras que de él reproduce Fernando:

—Nunca se puede volver atrás —me dijo—. No puedes decir de esta agua no beberé sino: de esta agua no bebí y, aunque quisiera, si pasó no lo podré hacer. Hay que aprovechar las ocasiones. Saber hacerlo. Nuestros deseos son precisamente los ríos que no van a dar a la mar.

Sentía remordimientos, no de lo que hizo: de lo que no pudo hacer. Así no se puede vivir. (Fernando a Bernardo, 7 diamantes rojo)

La suma de visiones contrapuestas, el carácter contradictorio e inasible de Máximo Ballesteros, eleva al personaje a un grado de abstracción y universalidad que lo convierte, como ya he comentado, casi en emblema del ser humano<sup>33</sup>. Al mismo tiempo, la original disposición del texto y la finalidad lúdica que su autor le impone, convierten *Juego de cartas* en una metáfora de la incomunicación humana, construida, paradójicamente, sobre una novela epistolar y engarzada en un juego de naipes.

Es, pues, en este punto, donde el juego subraya el sentido de la novela, se convierte, como ya he comentado, no tanto en una finalidad en sí mismo, sino en un medio para alcanzar el sentido completo del texto. A través del juego, Aub provoca que entre los lectores del texto se reproduzca la misma dispersión y, quizás, la misma polémica que manifiestan los múltiples narradores de la obra, un conjunto de opiniones encontradas acerca de la misteriosa personalidad de Máximo Ballesteros. Y, al mismo tiempo, mediante ese procedimiento está sugiriendo la imposibilidad de extraer de este coro de voces contrapuestas ninguna certeza acerca del protagonista, la imposibilidad, en definitiva, de ganar el juego.

Si durante muchos años Aub se enfrascó en resolver el enigma que constituye la historia española que le tocó vivir, si puso todo su empeño en dibujar el laberinto mágico en que se había perdido su patria —ese laberinto sin salida que desembocaba en

---

33. Desde que Soldevila llamara la atención acerca de la similitud en el nombre de autor y personaje (v. SOLDEVILA, Ignacio, *Op. cit.*, p.157-158), la crítica ha planteado la posibilidad de interpretar *Juego de cartas* en clave autobiográfica (v. también, VALCÁRCEL, Carmen, «Art. cit», p.273-275). Es cierto que algunos rasgos parecen coincidentes: el gusto por la buena comida y la buena bebida; el interés hacia las mujeres, que Aub, sin duda, no debió de llevar a los extremos que manifiesta Ballesteros; el carácter reservado y en ocasiones incluso arisco. Sin embargo, dado el talante contradictorio de Máximo, parece evidente que esa idea sólo se sostiene a partir de una interpretación irónica de lo autobiográfico, es decir, a partir de la visión de Ballesteros no como un reflejo directo de Aub, sino como una visión distanciada de las muchas contradicciones que todo ser humano —y, por supuesto, también el autor— arrastra a lo largo de su vida, como ejemplo de las complicadas relaciones que cada individuo establece con la otredad y, en buena medida, como modo de exorcizar los fantasmas y las pulsiones que pueblan nuestro interior y que siempre acaban por proyectarse en los demás.

el puerto de Alicante a principios de 1939–, en *Juego de cartas* el escritor se enfrenta a otro enigma, al misterio de las relaciones humanas, de la incomunicación, de la hipocresía, de los fantasmas personales, un laberinto íntimo que, a la postre, resulta tan inextricable como el otro y en cuya maraña queda también enredado el lector a través de ese juego de naipes que, como sucede en los mejores juegos y por lo tanto también en la literatura, demuestra que lo importante no es tanto ganar como participar.

*III Coloquio Internacional La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939*, La Habana, Casa del Escritor Habanero /GEXEL/AEMIC/ Ed. Unicornio, 2002, pp. 181-201; también en *II y III Coloquios Internacionales "La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939"*, Sant Cugat del Vallés, GEXEL / AEMIC/ Casa del Escritor Habanero / Assoc. d'Idees, 2002 (ed. en CD ROM)



Juego de cartas, el otro laberinto de Max Aub by [Juan Rodríguez](#)  
is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Unported License](#).